

Biblioteca

CAMPOS REINA

El regreso de Orfeo

 **DEBOLSILLO**

Diseño de la portada: Departamento de diseño de Random House Mondadori

Fotografía de la portada: *Espacio para el recuerdo en tres fases*, 1977. © Eduardo Naranjo, VEGAP, Barcelona, 2006

Primera edición: marzo, 2006

© 2006, Juan Campos Reina

© 2006 por la presente edición para todo el mundo:

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 84-9793-932-8 (Obra completa)

ISBN: 84-9793-931-X (vol. 368/5)

Depósito legal: B. 6.953 - 2006

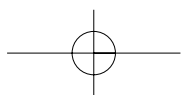
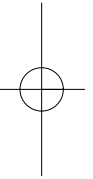
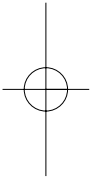
Fotocomposición: gama, s. l.

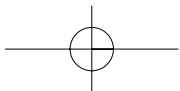
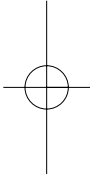
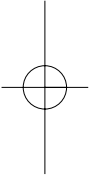
Impreso en Litografía Rosés, S. A.

Progrés, 54-60. Gavà (Barcelona)

P 8 3 9 3 1 X

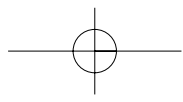
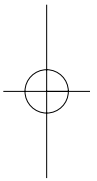
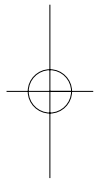
Para Carmen y María Fernanda





Después de manifestarse así, hizo
el dios la separación que acababa
de resolver, cortó
a los hombres en dos mitades...
Consumada la división,
cada mitad trató de hallar aquella
de la que había sido separada
y cuando se encontraban
se abrazaban y unían
con tanto ardor
en su deseo de volver
a la primitiva unidad
que perecían de inanición en
aquel abrazo...

El banquete, PLATÓN



I

En una tarde desabrida de otoño, que se atrevió a imaginar morada y ocre y salpicada de paraguas en las calles, León Maruján reparó por primera vez en que su oído, su olfato y hasta su piel le hacían percibir de distinto modo muchas de las sensaciones que antes le proporcionaba la mirada. El laboratorio que llevaba dentro le daba cuenta de la humedad, de la lluvia reciente, de ruidos ciudadanos que en otras circunstancias no habría atendido, de los árboles plantados en las aceras y hasta de la delicadeza de un perfume difundido desde una terraza próxima a la de su apartamento. En la boca le quedó una sequedad especial, un sabor metálico. Así, de las compensaciones de su organismo, sin necesidad de recurrir a posteriores dictámenes médicos, obtuvo la prueba definitiva de su ceguera. No recobraría la vista más allá de la débil percepción de la luz diurna y de la iluminación artificial muy intensa alcanzada durante la fase de recuperación de las graves secuelas de un accidente de automóvil, del que no conservaba ni el más mínimo recuerdo.

La ligera esperanza que mantenía sin fundamento científico alguno se desvaneció y una película que resumía su pasado comenzó a ser proyectada a gran velocidad en su

mente, como si ésta fuera una de esas salas pequeñas y solitarias de filmoteca y él desempeñase el papel de único espectador, asaltado por la angustia de conocer que no recibiría cintas de unos nuevos espacios carentes de perfiles y contornos. Se hallaba en otra dimensión, y los datos suministrados por su entorno los interpretaba ya como lo haría un ciego.

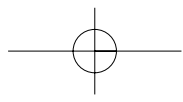
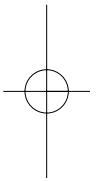
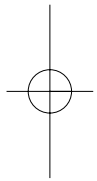
Su apartamento no sería en adelante un lugar íntimo. Los cuadros se transformarían en recuerdos, los libros en objetos con lomo de piel, y él mismo en un fantasma que no se vería reflejado en los espejos. Tendría miedo de quemarse al encender la chimenea, de perderse sin apenas salir del portal de su casa, de hundirse en una simple zanja urbana. Pero por encima de los infiernos dibujados en el horizonte, se imponía el presentimiento de que había aterrizado en un universo paralelo, donde la piedad sólo era una de las cartas de la baraja.

Los días siguientes fueron quizá los peores, por la agudeza que acompaña a la depresión. León analizó cómo lo arropaban sus amigos. El tono de voz que pretendían dar siempre a la conversación no lograba disimular ciertas inflexiones, registradas por él. No era tan imbécil para ignorar que sólo se trata así a quien es diferente: alguien al que nadie puede envidiar por elevado que sea el montante de su fortuna; alguien frente al cual uno se reconcilia con su mediocridad y sus pequeñas miserias. Consciente de lo que estaba ocurriendo, decidió desprenderse de cuanto no le pertenecía antes de que el tiempo y las circunstancias dispusieran un nuevo orden a su alrededor.

Su profesión fue la primera víctima de aquel implacable método de reconvertirse. Con todo lujo de detalles, repasó sus estudios de medicina y los años consagrados a la

especialidad, al dominio de una parcela científica más que a labrarse un porvenir. Creía que la cirugía plástica humanizaba la ciencia porque no incidía sobre pura materia inanimada, sobre un lienzo o sobre el mármol, sino sobre un ser vivo. Rectificar los errores y deformaciones de la naturaleza no bastaba. El cuerpo debía responder a la sensibilidad y a los más íntimos deseos, debía ser el soporte de la rebeldía. Una rebeldía contra un universo imperfecto y caótico; contra el diabólico refinamiento de la vejez y un destino sembrado de trampas y absurdos accidentes. Esa rebeldía le vedaba lamentarse de su desgracia.

Cuando consideró que lo más sustancial de sí mismo formaba parte de su pasado, que él también engrosaba la relación inacabable de víctimas, como si su carrera fuese un libro, procedió a cerrarla, y con ello puso término al principal empeño de su vida. Después de eso no le resultó difícil seguir tachando proyectos, amistades, viajes y hasta algún amor ocasional. En los extremos de su angustia y de su lucidez, se vio como uno de esos hombres imprescindibles a los que nadie recuerda pocas semanas después de haber desaparecido.



II

León decidió al cabo de cierto tiempo que resultaba mucho más fácil no pensar, dejar correr las horas y dedicarse a tomar baños de agua caliente, a escuchar música, a fumar o a beber. La casualidad, el destino o quién sabe qué suerte fatal lo había prendido en sus engranajes hasta arrancarle cuanto de racionalidad y armonía pudiera haber en su vida. Era mejor para él aturdirse que asomarse a aquel foso y experimentar la sensación de vértigo al contemplarlo. Tras dar por finalizada su carrera como cirujano y renunciar a los viajes y a los amigos, a las salidas de fin de semana —que debido a su ceguera le suponían mancharse en los restaurantes, estar atenazado por el miedo en la calle o afrontar, por ejemplo, su evidente incapacidad para volver a admirar esa mudanza en el ritmo de la ciudad, en la vestidura o en la forma de comportarse la gente una tarde de domingo—, apenas le quedaban sino unos trozos rotos, aislados, de sí mismo con los que era imposible recomponerse. Había decidido no volver a caer en el yerro de ordenar su vida alrededor de algo que pudiera ser destruido; de algo que además de mutilarlo lo dejase flotando en el vacío: un vacío en el que el tiempo corría de distinta manera. Sin su trabajo, sin el amor, sin la lectura, sin el placer de

mirar y de ser visto, el tiempo adquiriría un peso misterioso: escuchaba el goteo de los grifos, los ruidos de una contraventana mecida por el viento, los latidos interiores, el tictac de un viejo reloj, del mismo modo que antes sus ojos reconocían los rincones de una estancia del apartamento al dejar vagar la mirada mientras se entretenía fumando una pipa o un cigarrillo. Pero ello no le representaba placer o consuelo alguno. Aquel concierto, que tras perder la vista ya no le pasaba inadvertido, era para él como la música de la soledad.

Encerrado en el cuarto de baño o en el salón, León dejaba transcurrir buena parte del día. El salón era rectangular y había sido decorado con sobriedad. En uno de sus extremos, se hallaban instalados el equipo de audición y el de vídeo, y una gran pantalla. En la pared opuesta, colgaba un cuadro con infinitos jeroglíficos. León, antes del accidente, fijaba la vista y se evadía, concentrado sólo en la música, mientras reposaba en una rara especie de lecho articulado que apenas sobresalía del nivel del suelo. Aquel espacio, que pocos meses antes sólo le brindaba relajamiento y distracción, tras el accidente, se había convertido en el santuario de la casa. Ya no podía perderse su mirada en los laberintos del lienzo, pero percibía el resplandor del sol y la fugacidad de la luz en los días claros del otoño. A veces introducía una cinta en el vídeo, escuchaba las voces de los protagonistas de una película y trataba de recordar alguna expresión de un rostro, un gesto, mientras caía en la cuenta de que las imágenes recuperadas eran fragmentos de su propia vida.